

PROYECTO: ARCHIVO ORAL DEL SINDICALISMO SOCIALISTA

Entrevistador: Manuela Aroca Mohedano

Entrevistado: Francisco Rocés Fernández

Fecha de la entrevista: 30/06/2007

Lugar: El Entrego (Asturias)

CAPITULO I: La niñez y la juventud. Recuerdos de la guerra

Mi nombre es Francisco Rocés Fernández. Nací en El Ciacal de Tuilla, parroquia de Sama, el 16 de noviembre de 1923.

Mis padres se llamaban Silvino y María. Mi padre era minero y mi madre se dedicaba a labores. No tenían estudios. A mi padre le gustaba leer, más que a mi madre. Mi padre siempre fue del Sindicato Minero y no sé si pertenecería al PSOE pero era colaborador. Un hermano de mi padre anduvo por el monte y lo mataron. Y a otro tío, que estaba casado con una hermana de mi padre, también lo mataron.

En mi familia no tenían ideas religiosas. La economía era bastante estrecha porque sólo trabajaba mi padre. Éramos muchos hermanos y según íbamos valiendo para algo, íbamos trabajando en la tierra o con el carbón, llevándolo a Pola de Siero. Había que trabajar en la tierra, teníamos animales, dos vacas, un caballo. Eramos nueve hermanos, seis varones y tres mujeres. Todos mis hermanos fueron mineros, excepto el primero que murió en la guerra. Fue a la guerra cuando tenía 17 años.

El colegio lo dejábamos pronto. Cuando éramos un poco más mayores, en vez de ir todos los días, ya sólo íbamos dos días en semana, dos o tres días, los que podíamos. Cuando se proclamó la República fue porque hubo unas elecciones municipales y triunfaron los republicanos. Entonces el rey decidió marcharse. A mi familia le pareció muy bien porque estábamos hartos de la Monarquía que había, que no era monarquía ni era nada. Era muy diferente a ésta que hay ahora. Lo llamaban Monarquía los monárquicos, pero antes era muy diferente.

Había mucha juventud en aquel tiempo, porque entonces se tenía mucha familia. La situación económica estaba fastidiada. Yo vivía en un pueblo y no hubo luz eléctrica hasta el año 1953. No había carretera. No había agua en casa. Era una vida incómoda.

Se proclamó la República el 14 de abril de 1931 y después hubo unas elecciones en 1933 que ganaron Gil Robles y compañía. Aquí había una juventud muy buena, con mucha idea, con mucha ilusión. Frecuentaban las casas del pueblo, aunque no había los remedios que hay ahora como los coches y carreteras. Antes no había nada. El tiempo libre lo utilizaban los jóvenes para ir a la casa del pueblo.

Me acuerdo de la gente que participó en la revolución de 1934. Creo que mi padre participó en la revolución pero no lo recuerdo bien. Fueron muchos a la cárcel. Me acuerdo que aquí, por la carretera, hacia Tuilla, hacia el monte, en dirección a Sama, fueron a tomar los cuarteles. Desde Laviana tomaron los cuarteles hasta Oviedo. Estuvieron sublevados aproximadamente unos 15 días. Después hubo bastante represión.

En febrero de 1936 hubo unas elecciones generales. La izquierda se juntó y ganamos pero eso fue en febrero y en julio ya se levantaron los militares. Mi padre marchó al frente, y mi hermano también, los dos fueron como milicianos. Una hermana también tuvo una cocina en el batallón donde estaba mi padre. Les encuadraron en el batallón 221, (...) Uno estaba por la parte de Lugones y otro por San Esteban. Mi hermano estaba en San Esteban.

Mi hermano marchó a Bilbao hacia mayo. Aún no habían tomado Bilbao. Aquí hubo un bombardeo muy grande y se deshizo el batallón. Unos cayeron heridos y otros muertos. El que formó el batallón vino aquí, a Salinas, a Avilés. Yo fui allí a preguntar por mi hermano y me dijeron que había marchado como ayudante del capitán al frente de León. Mi hermano tenía una idea muy sana y muy eficaz. Vino hacia septiembre, con el capitán que había caído herido a traerlo aquí, cerca de Sama. Vino a casa armado, traía un fusil. Teníamos un caballo. Cogió el caballo y marchó a ver a los abuelos que vivían unos hacia Langreo y otros hacia San Martín. Había que pasar una montaña y no había

carretera. Fue a caballo a ver a la familia. Al otro día me dijo que se marchaba. Le pregunté adónde iba y me contestó que iba al frente. Yo le dije: “Vaya contraste”. Tenía yo 11 años. “Así que tú vas al frente, y están viniendo los milicianos para acá”. Yo lo sabía porque a todos los que pasaban por el monte, arriba, los veíamos. Me daba mucha pena de ellos. Venían derrotados, con mala postura, y casualmente algunos tiraban la munición. Les dio tiempo a tirarla en un pozo que había allí, cerca del pueblo donde vivíamos nosotros. La contestación que me dio mi hermano fue que él iba al frente. Prefería que lo mataran antes de caer en manos de los fascistas. Eso fue lo que me contestó. Bajé con él hasta La Felguera y en un bar –me acuerdo cada vez que voy allí– cogió dos botellas de coñac y se marchó. Hasta hoy. Nosotros no supimos que estaba muerto hasta que no terminó la guerra aquí, porque él se fue hacia septiembre y la guerra terminó en Asturias el 20-21 de octubre de 1937. Ya venían algunos de retirada, hacia acá. Nosotros no sabíamos nada, pero cuando llegaron al pueblo todos los que estaban en el frente, mi padre tenía la documentación de él. Se la había dado el comandante de mi hermano al comandante de mi padre. El comandante se la entregó a mi padre. Mi padre ya había llegado y nos dijo que había muerto. En Llanes, había una posición donde hubo muchos combates en El Mazucu, arriba de la montaña. Por el día estaba en manos de los fascistas, por el control de la aviación, y por la noche lo recuperaban los de la República. Los llamaban “rojos”, pero eran los de la República. Allí hubo unos combates muy duros. Él murió allí.

Mi padre estuvo en el frente. Cuando terminó la guerra empezaron a trabajar. No se fue al monte. No tuvo ningún problema. A un hermano suyo lo mataron. Estaba fugado, en un refugio. Salió a hacer necesidades y posiblemente hubo algún chivatazo. Lo cogieron pero se escapó. Pero luego él estaba en un prado donde había una vaguada y tiraron una bomba. Se dio la vuelta y al dar la vuelta lo mataron.

Había mucha gente fugada al monte. De mi familia había dos. Uno era Francisco, el tío que estaba casado con la hermana de mi padre. Les abastecíamos nosotros. Yo y otro más. Iban hasta un cierto punto y después

marcaban una consigna cuando era de noche, como bajar a una mina. Llegaba la consigna tres veces.

Mi vivienda era mala, era una vivienda antigua. Yo estudié en varias escuelas. Estuve una en La Braña, otra en La Braña del Río y otra en Rosellón. Aquellas no eran escuelas, eran casas. No sé cómo no nos moríamos todos de frío. Andábamos por los caminos, cuando llovía y en guerra, y después nos metíamos allí. En la escuela no había estufa ni calefacción. No había nada. Yo fui a la escuela antes de la República. Cuando los maestros tenían más interés fue cuando entró la República. Cuando llegó la guerra dejé de ir. Después de la guerra ya no fui más porque tenía que ir a trabajar, a llevar carbón a Pola de Siero. Iba a cogerlo a las escombreras, a chamizos que se hacían. Eran minas pero le llamábamos chamizos porque eran minas de monte. Todos mis hermanos teníamos que trabajar.

Jugábamos al lirio, a la peonza, al escondite. No había juguetes. Jugábamos a la pelota, pero no teníamos ni pelota. Hacíamos una bola de trapo y luego la amarrábamos con unas cuerdas. Había que jugar descalzo porque te compraban unas alpargatas y te advertían de que tenían que durarte todo el mes. Si nos poníamos a jugar con las alpargatas, el mismo día las rompíamos.

Siempre fui aficionado a leer. Leía el *Avance*, un periódico socialista. Durante la guerra, yo bajaba a por él a Tuilla, arriba del pueblo. Para subir se tardaba una hora, aunque luego bajaba más deprisa porque era menos esfuerzo. Allí reuníamos a los paisanos más viejos que no habían ido a la guerra y no sabían leer y me decían: "Pachín, léenos un poco". Había allí un paisano que no había podido ir a la escuela, pero una vez que le leías el periódico, después él te daba explicaciones de todo. Era analfabeto perdido, no sabía nada. Pero se notaba que tenía conocimiento, que era inteligente.

Yo estuve en el monte con muchos. Nada más terminar la guerra en el 37, en octubre, yo empecé a estar con ellos. Después, cuando era yo chaval, ya estábamos organizados. Ya estábamos con Mata. Yo enlazaba y había algunos que tenían mucha confianza en mí, no sé por lo que era. Preferían que

fuera yo a enlazar y a llevarles los suministros antes que los milicianos que habían estado con ellos. Había sargentos, capitanes, comandantes. Se tiraron al monte y preferían que fuera yo. Después, más adelante, en el cuarenta y algo, era Mata el que llevaba el asunto político. Nos reuníamos y había veces que estábamos toda la noche con ellos. Pasábamos frío e íbamos al bar a tomar algo. Yo subía a las reuniones políticas del monte. En el año 70-72 también se hacían reuniones en el monte. Estuve en congresos en Toulouse. Cuando murió Agustín, que era de La Hueria, vino Felipe. Fue un hombre que luchó bastante. Se implicó bastante. La desgracia fue que no pudo disfrutar de la democracia porque el día que legalizaron el partido, se enterró. Murió de muerte repentina en Gijón, en la plaza de Gijón. Lo único que disfrutó Agustín fue que Franco murió el 20 de noviembre de 1975 y en diciembre de 1976 fuimos a un congreso a Madrid. Vino Palme, Mitterrand y todos. Fue una emoción muy grande para él y para todos los que estábamos allí, porque cuando teníamos que correr porque nos perseguía la policía, él estaba pendiente de que no nos pasara nada. No estaba el partido legalizado todavía. Se legalizó, si no recuerdo mal, en febrero de 1977. Las elecciones fueron en junio de 1977. Al Partido Comunista lo legalizaron en abril.

Tuve mucha relación con la gente del monte hasta que se marcharon. Tuvieron un intento de marchar en el 38, a finales de año. Pero no sé lo que pasó porque murieron unos 50 ó 60. Iban a Tazones, al puerto. Se concentraron todos en el monte para ir todos en filas de uno. Tenían la consigna de que al que le pasara algo, había que enterrarlo. Muchos ya estaban en el punto clave, ya veían el mar y estaba el barco haciéndole señas, pero desde lejos, no en el puerto. En el puerto había unos militares y había que eliminarlos para poder embarcar. Ellos tenían todos los planes de la evacuación hechos. No me dieron explicaciones. No sé si fue por un guía que se desligó. Nadie sabe cómo fue, pero los militares de Tazones hicieron una descubierta y se encontraron con ellos en un pinar. Allí empezó el tiroteo. Vinieron en grupo retrocediendo hasta llegar aquí. Casualmente, ese miliciano que tenía mucha confianza en mí murió aquel día. Iba muy nervioso. Tenían

que venir en grupos de seis, ocho o diez porque había falangistas y Guardia Civil y de todo por el monte. Si hubiera venido uno solo, ése no se salvaba. El conocido mío que murió se llamaba Silvino Vigil, pero le llamábamos El Chato. Tenía 25 años, me acuerdo. Dijo que iba a marchar y los otros compañeros le dijeron: “No marches, Chato, que te van a matar. Hay fuerzas por ahí y van a matarte”. Al poco tiempo de marchar ya escucharon el tiroteo. Estuvo enterrado por allí y hace poco trajeron a Tuilla los restos. Supieron donde estaba enterrado por un paisano que sabía donde estaba. Hay uno de La Hueria que no se sabe dónde está. Ese cayó herido. Estaba en casa. Seguramente alguien lo vio y hubo una denuncia y subieron a ver. Lo llevaron al cuartel en La Hueria Carrocera. En la huerta lo enterraron. Yo supongo que tuvieron que enterrarlo allí donde había un poco de terreno.

En octubre de 1948 se fueron definitivamente los del monte. Había una ilusión muy grande. Primero, cuando Asturias cayó, -duró quince meses la guerra, yo cogía el periódico todos los días y se lo llevaba. Ellos tenían una ilusión grande porque Madrid y Barcelona estaban todavía en poder de la República y confiaban en que podían ganar. La guerra terminó y muchos murieron de los que tenían aquella ilusión. Vino la Guerra Mundial. Aquí terminó la guerra en abril y en septiembre empezó la Guerra Mundial. Tomaron Polonia. Después teníamos la ilusión de que cuando terminara la Guerra Mundial, España iba a ser liberada. ¿Qué pasó? Que terminó la guerra y después empezaron a negociar. Se repartieron el territorio como a ellos les pareció, entre otros a Stalin. Yo creo que si hubiera vivido Roosevelt, a lo mejor hubieran cambiado las cosas, pero entró Truman. La desgracia fue que tres meses antes de acabar la guerra murió Roosevelt. Estaba Churchill en el reparto, estaba Stalin y estaba Truman. Dejaron aquí a Franco. Muchos compañeros que vivían en Francia me decían a mí que lo tenían todo preparado, las maletas y demás, para cuando terminara la guerra. La guerra terminó en el 45. Muchos compañeros que pasaron a Francia cuando la guerra civil, estuvieron luchando contra el fascismo, contra los alemanes en Francia. Casualmente, donde celebramos los congresos, donde tenía la sede el Partido

Socialista y la UGT, en Toulouse, aquello lo habían tomado ellos. Me dijo a mí uno de Gijón: "Mira, Pachín, aquí estuve yo en un puente que pasa de Irún a Hendaya –ellos estaban en la parte francesa-, aquí estuve yo con un batallón para pasar a España. Nos echó una arenga De Gaulle, diciendo que no entráramos en España. Que en España había habido bastante sangre ya y que una vez que terminara la guerra España iba a ser liberada". La realidad fue que estuvimos cuarenta años bajo la dictadura de Franco.

Entonces vino la orden desde Francia de que había que preparar la retirada, porque ya las posibilidades de la negociación no existían. Estuvieron negociando desde el 45 hasta el 47. No hubo modo de solucionar nada. Pasaron para Francia. Se fueron 27 ó 29. Al frente del barco que venía a buscarlos, me parece que venía Indalecio Prieto vestido de fraile.

Del Pozo Funeres me acuerdo bien porque casualmente a cuatro los conocía yo. La muerte de éstos fue porque se infiltró un guardia civil, era capitán y tuvo una reunión en la casa de uno de los que estaban en el pozo, arriba en el monte, que llaman La Rina. Éste quería juntarse a Flórez y a Mata y a (...) y a todos los socialistas. Porque aquí había dos grupos: estaban los comunistas y los socialistas y unos trabajaban de una forma y otros de otra. Tuvieron una reunión con los socialistas que habían estado presos, tres, el otro, no. El dueño de la casa era un hombre que era socialista y del Sindicato Minero, pero no era un político destacado que hubiera estado dando la cara como otros. Tuvieron una reunión en casa de éste que no era destacado. Al infiltrado no le dejaron juntarse con éstos, y se arrimó a los comunistas. Aquí había un tal Onofre que era comunista. Llevaba un grupo de los que andaban por el monte. Tres, por lo menos, de los que mataron más tarde no tenían confianza de él. Uno se llamaba Aladino y otro (indescifrable). Eran dos hermanos de Laviana. Uno vivía en Laviana y Aladino vivía en Santa Bárbara. Onofre era de San Martín. Cuando fue la reunión aquella le mandaron hacia Francia para enterarse porque decía que venía de la escuela de los maquis. Había una escuela allí donde organizaban el movimiento maquis. En una ocasión venían en un autocar hasta el monte del Escudo en Santander. Ahí

cayó un vecino mío. Eso fue en el 46. Se llamaba Urbano y también confiaba mucho en mí. Fui yo y un hermano de él. Dije yo: “¿Cómo caíste en esa trampa?”. Y el hombre no supo qué contestarme porque claro, los que organizaban la escuela de maquis eran los comunistas. Entraron por Barcelona, entraron muchos también.

Después en relación a ese infiltrado, le mandaron aviso Mata, Flórez y todos los socialistas a Onofre de que no confiara en él. Yo no sé qué pudo hacerle a Onofre que cogió tanta confianza en él. Supongo que una de las razones fue que mataron a un paisano que andaba diciendo que le había cortado una oreja a Onofre. Onofre le cortó la oreja a él. Estando de por medio ese infiltrado, vinieron en un pueblo y mataron al paisano. Yo supongo que lo mató el infiltrado para que Onofre cogiera confianza en él. Creo que fue de esa forma. Al gobierno franquista no le interesaba que mataran al otro, lo que querían era eliminar a la gente del monte.

En el Pozo Funeres hay cuatro de La Hueria, pero debió de haber unos veintitantos. Se descubrió por un pastor. Creyeron que estaban todos muertos. Ellos se arrimaron a un pozo después de que hubieran hecho lo que les dio la gana con ellos y los tiraron, pero uno de ellos no estaba muerto. Dio voces y el pastor que estaba en el monte con el ganado, lo oyó. Subieron y tiraron dinamita y gasolina para rematarlos.[35'54 – 36'36"]

CAPITULO II: La mina y los sindicatos en la primera postguerra (CINTA 1, min. 37'26")

Yo comencé a trabajar en la mina el 2 de enero de 1939. Tenía 15 años. Trabajaba de ramplero. Hay que subir por la veta del carbón. Estábamos a lo que nos mandaran los picadores. Empecé a trabajar en el Pozo Mosquitera de la Duro Felguera.

Las condiciones de vida eran muy malas. Había que tragar mucho, había que trabajar muchas horas. Se ganaba poco. La jornada era de siete horas, pero en aquella época se trabajaban ocho horas y hasta nueve, se trabajaba hasta domingos. Era una esclavitud. Había unas injusticias tremendas.

Enseguida se enfermaba, metían a los trabajadores en sitios que no estaban en condiciones, ni ventilados. La mina necesita mucha ventilación y por ahí, por la falta de ventilación, venía la silicosis. El hombre que fuera un poco débil por miedo o por lo que fuera, no protestaba. Estando picando ya, yo si el sitio no estaba en condiciones, no trabajaba. A lo mejor me negaba yo e iba otro. Con el compañero que iba allá yo quedaba bien porque le decía: “mira, ahí vas a coger la enfermedad rápidamente, la silicosis”. Había gente de 28 ó 30 años que ya tenían silicosis. Después la empresa te pegaba una patada y te echaba fuera y se acabó. Así pasaba. (...) Yo reconozco que todos somos diferentes. Algunos tenemos más energía. Sacamos más carácter. Yo me acuerdo bastante que en el año cuarenta y tantos un vigilante me mandó a un punto donde yo veía que había un peligro tan grande que podía matarme. Mandaban a otro conmigo y yo dije que no iba ni con ese ni con ninguno. Dije que no iba aunque fueran diez. Me tenían que matar para que fuera porque yo sabía que el pozo estaba lleno de mierda. Cogí la chaqueta y me marché. Al marchar llamaron un compañero que estaba conmigo a ver lo que quería hacer. Cuando estaba metiéndose para abajo oí una voz y miré hacia atrás. Venía una lámpara corriendo y era el compañero que estaba conmigo. Tenía más edad que yo. Era joven todavía. Yo tendría 20 años o por ahí: “Pachín, déjame que dé la vuelta” Se usaban martillos de viento comprimido como esos que pican por la carretera. No son tan grandes. Me suben una manguera y un tubo de empalme para empalmar con la mía y dije que me ponía a trabajar. Pedí que me subieran una manguera. Me puse ya donde no había peligro. Él venía delante y yo estaba seguro, recogiendo por la madera y no pasó nada.

La dictadura fue dentro y fuera y en todas partes. Los hombres que mandaban tenían que saber mandar al personal, como en todos los trabajos y, sin embargo, ponían a todos los falangistas. Los que eran rojos, como decían ellos, nos los quitaban y ponían gente de la suya. Hasta que un capataz que llegó que no era de derechas, que estuvo escondido quince meses, le dijo al ingeniero: “Hay que hacer vigilantes. Para mí no hay rojos ni blancos ni negros. Tienen que ser hombres competentes para llevar la fábrica y para sacar el

carbón". Entonces fue cuando hacia el 47 ó 48 empezaron a hacer a algunos vigilantes. Advirtió de que se harían cargo del pozo los jefes si no le dejaban hacer vigilantes a él. Puso a tres hermanos míos de vigilantes. Se pasó muy mal. El que era un poco débil, sobre todo. Porque a mí a algunos me dicen: "Coño, Pachín, tú parece que no estuviste en la mina". Pero estuve bastantes años. Casualmente yo no sé si fue suerte o tenía tanta razón que no podían hacerme daño. Ellos hacían daño a quien querían. Incluso los vigilantes tenían miedo de enfrentarse a la jefatura, a los ingenieros. Fue todo muy malo.

Me acuerdo en una ocasión, sería en el 52, estábamos comiendo el bocadillo y me dijeron: "Pachín, ven para acá". Dejo el bocadillo y voy allí. Me dicen que abajo estaba lleno de grisú. Había visto una hecatombe en el pozo de María Luisa. Del pozo Mosquitera me había venido para el pozo de María Luisa porque me casé en la parte de San Martín. Dije yo: "Entonces, ¿cómo hay que hacerlo abajo?". Me dijo que había que bajar una turbina. La turbina genera viento para deshacer el grisú. Le dije que no se preocupara, que cuando yo saliera a las seis avisaría al capataz jefe. Lo dije: "Oye, pasa esto. Si para mañana no está en condiciones, yo por lo menos salgo para fuera". Me dijeron que no, que al día siguiente estaría solucionado. No hicieron más que poner dos tubos, dos cacharros de madera que son de 2,50 en cruce para que no entrara una mula o una vaca. Eso no servía para nada. Vamos a donde estaban los que estaban trabajando poniendo madera, los que llamamos entibadores. Yo subí para arriba y avisé a los 22 picadores que éramos, 11 en cada rampla. Dije: "Mirad, pasa esto. Abajo está lleno de grisú, hace cuatro días hubo una hecatombe en la que murieron diecisiete y a mí, conscientemente, no me matan". Me preguntaron cómo íbamos a hacerlo. Yo les dije que yo iba a salir, que si querían venir que vinieran. Fueron saliendo de uno en uno, retrasándose, pero bueno. Cuando fuimos a la oficina, estaba el capataz preparado para entrar a la mina. Yo lo conocía a él pero él también me conocía a mí. Como le había avisado el día anterior, fue a la oficina. Éramos veintidós, pero cuando llegamos a la oficina seríamos cuatro o cinco. Los otros no fueron por miedo o por lo que sea. No digo nada de ellos porque cada uno

es como es. Cerramos la puerta y empezamos a hablar con él. Le dijimos que íbamos a ir a ducharnos y a cambiarnos de ropa y luego ya entraríamos. A la una vinimos a ver si nos habían puesto (...), nuestra discusión allí era para ponerlo. Yo sabía toda la trayectoria de él, lo que había pasado. Él intentó decir que el grisú, si no era intencionadamente, no se prendía. Yo sabía que había estado en el pueblo del Candanal y que allí no había ninguna mina de esas arriba, con pozo. Casualmente, hay ocho que murieron allí: una mujer y siete hombres. Lo denunciaron porque estaban en la mina y uno se mató allí. El que se mató estaba tirado allí afuera, y los otros estaban en un pozo que había yendo hacia la escombrera. Los mataron comiendo pan y chocolate, agarrados unos a otros. Ahí trajeron después los restos. La chavalina tenía unos 13 años. Ahí pusieron la fecha de todos. El que más edad tenía era mi tío que tenía 36 años. Trajeron también sus restos. Donde están enterrados, están escritas las fechas de nacimiento

A ese capataz, cuando dijo que el grisú sólo se prendía intencionadamente, le pregunté yo si cuando estaba en Candanal no se enteró de los que se mataron. No tenía más remedio que decirme que sí porque era verdad. Dije yo “Aquella vivienda que tenéis ahora era una oficina antes. Allí vi yo salir siete cadáveres” En el Pozo Mosquitera, estaba escondido el capataz del que hablamos antes también, sucedió otro caso también en que se mataron cinco también con el grisú y después en el 49, los diecisiete.

Yo me casé en el 50 y en mayo del 51 empecé a trabajar en María Luisa. En la mina había de todo, había gente de la UGT, de Comisiones Obreras. En la mina había pocos, pero existía otro grupo que eran los católicos. Yo estuve una temporada retirado y había una comisión de pensionistas, veinticuatro. Estuve retirado desde últimos del 65 hasta el 74. Después volví a trabajar otra vez. Teníamos una comisión para reivindicar las pensiones que nos quedaban. Había problemas graves por las pensiones. Aquí había dos que estaban en una comisión de esas. En cuanto me retiré no había nadie de la UGT ni del partido. En el 66, estuve vendiendo para Riesgo que tenía muebles y televisores y para Álvarez que era socialista también y estaba bastante

fastidiado. Anduve vendiendo y después me puse a trabajar. En el 70 tuve que pasar por la comisaría.

Yo siempre estuve afiliado al Sindicato Minero, cuando vino la legalización de los sindicatos también. En la clandestinidad, funcionaba bastante bien, pero cuando empezó a ir mejor, fue cuando se quitó a Llopis del sindicato y del partido, en el 72.

La cuota era para el sindicato y para repartir. Antes se trabajaba conjuntamente el sindicato y el partido. El que estaba afiliado al sindicato, estaba también al partido.

El Sindicato Vertical no hacía nada. Había personas que, no sé si era por miedo, pero no tenían espíritu suficiente para enfrentarse a ellos. Yo tuve un problema con el Sindicato Vertical. Yo estaba posteando, pero con promedios de picador. Me querían poner la categoría de posteador pero yo no la quería porque ganaba menos. Después de darme el primer grado de silicosis, me dijo el capataz que tenía orden del ingeniero de mandarme a picar. Yo dije que no, que no picaba más carbón. “Estaba sano y estaba posteando, ahora que me han dado el primer grado de silicosis, no voy a picar”. El capataz, que tenía bastante interés por mí, me preguntó qué iba a hacer y yo le dije que me iba a dar de baja. Estaba de baja y me llamó el capataz a casa para que subiera al Venturo, porque en el 61 pasé al Venturo. Me dijo que había una máquina para inyectar, para meter agua al carbón. De esa forma no salía tanto polvo. Me dijeron que así podía yo ir a picar, y que iba a ir un posteador. Fui, pero solicité la categoría de posteador y vine a la sindical. Aquel capataz me mandó a ver al ingeniero a Sotón. Pregunté que por qué me mandaba. Era para ver si me convencía para picar. Yo le dije al ingeniero, igual que le había dicho al capataz en el Venturo, que yo no picaba más carbón. Insistí. Empezó a decirme que era muy buen minero y yo le contesté que no me diera jabón porque a mí no hacía falta que me ponderara nadie. Le dije que soy lo que soy y nada más.

Nos ponen con el abogado y yo perdí algo los estribos. Otro abogado que estaba en la oficina y que mandaba más que él, fue para allá y me

preguntó qué pasaba. Yo le conté que aquel chaval no quería hacerme la solicitud para la categoría de posteador cuando yo llevaba seis años posteando. Le dijo que me tenía que hacerme la solicitud y a los veinte días me dieron la categoría. Había de todo. Pero esta gente no tenía escrúpulos de ninguna clase.

Nunca tuvimos tentación en UGT de entrar en el Sindicato Vertical. En la clandestinidad nunca se intentó. Los comunistas, sí, pero nosotros, no.

CAPITULO III: La época de la huelgas (1957-1962) (CINTA 1, min57'46'')

La huelga de 1957 en el pozo María Luisa, casualmente, me tocó a mí. Teníamos que buscar alguna excusa porque no teníamos más arma que la huelga. Teníamos que aprovechar todas las circunstancias. El testero se le llama al avance de los metros que haces. Al otro capataz jefe, con el que había tenido una discusión por el asunto del grisú, lo echaron para el exterior, y el ayudante quedó de jefe. Entonces los vigilantes estando ese capataz, si posteabas a 80-90-40 ya no tenían precio las minas. Estaba trampeado todo. Viene Moroto a echar para afuera al jefe de la mina, el otro fue para el exterior. Me manda ir a los vigilantes. Estaba en una posteadora y hacía 10-15 cm. Suponía poco pero algo suponía. Casualmente comenzó el conflicto en la rampla donde estaba yo. Le llamaban talleres, pero nosotros le llamábamos ramplas. Depende como sea, hay algunas que tienen más metros que otras. Algunas pueden tener 50 y otras, 100 metros. Nos pusimos a bajo rendimiento. De un día para otro bajó un 50% la producción de carbón. Un señor que se llamaba Ramón que era el jefe de (...) recuerdo bien que estábamos comiendo el bocadillo. Nosotros bajábamos a un sitio que había con la máquina y los coches, de mala manera. Entramos. Hacia las diez y media o las once, porque teníamos veinte minutos o media hora, vino el capataz y dijo: "Que aproveche. Quiero saber lo que pasa aquí. Yo vine aquí en el 24- 25 y hubo huelgas, hubo revolución, la guerra. Pero nunca pasó lo que pasa ahora. De un día para otro bajó la producción". Nadie contestó. Y contesté yo. "Aquí no ocurre nada más que no tiene precio el testero, para trabajar a destajo". Nosotros estábamos

trabajando a razón de la categoría que teníamos que era baja. Si bajaba la categoría, bajaba el carbón también. Se fue. Pero después empezaron a ponerse también los otros a trabajar a bajo rendimiento. Nosotros dijimos que tenían que ponerse porque si no, nuestra protesta no era efectiva. Empezamos a bajar el rendimiento en otras ramplas. Pero no sé que pasó en una rampla que cogieron a dieciséis o diecisiete y los llevaron a Oviedo presos. Habían bajado la producción en otra rampla y no sé qué pasó allí. Tuvieron problemas, los detuvieron y los llevaron para allá. Entonces decidimos quedarnos allá, trabajando con mucha habilidad porque había chivatos. En la mina había chivatos también como en otro lado y había que tener mucho cuidado con eso porque si no, no solamente ibas preso, sino que además desorganizabas.

Cortaron la carretera. Los de la Iglesia son muy inteligentes. Siempre estuvieron a favor del sistema franquista y creo que influyeron en la guerra civil. Entre la gente que había por allí, un cura sacó los guajes de la escuela, Se llamaba Mario. Cortaron la carretera. Los cogimos de sorpresa. Al otro día entraron a negociar con nosotros. Nosotros pusimos estas condiciones: una, subir el precio del testero; segunda, que no se detuviera a nadie más. Pero ¿qué pasó? Que fuimos a trabajar. Salimos del encierro al otro día, a las seis de la mañana. Otra condición era que echaran a los presos fuera. Yo cogía siempre la lámpara antes de prepararme. Bajaba rápido, cogía la lámpara. Cuando ya me preparaba subía arriba. Había dos pisos: el de abajo y el de arriba. Cuando iba a sacar la lámpara de allí me dijeron "Pachín, detuvieron a Marino anoche". Fui arriba a prepararme, cogí la lámpara. Vino el capataz para nosotros. Como nuestra rampla era en la primera en la que nos habíamos puesto a bajo rendimiento, el capataz siempre iba a pedirnos explicaciones a nosotros. Durante la primera vez, su mujer no podía salir de casa porque la insultaban. Se llamaba y se llama Moroto. Dijo que se iba a quedar con nosotros cuando detuvieron a este hombre, la segunda vez. Entramos, pusimos un cambio, y nos pusimos a comer el bocadillo. Nada más ponernos a comer el bocadillo, como a los diez minutos se presenta él allí. "Que aproveche, que aproveche". Tira para adelante y se sienta. Terminamos de comer, teníamos

veinte minutos para comer el bocadillo, y seguimos. Nos metimos en el tendedero que le llamábamos a donde se baja la rampla. Aquel día me sorprendió aquello bastante en un hombre tan fuerte y tan potente como parecía. Casi me da pena de él. Estaba de pie y se dio la vuelta. Se puso de espalda hacia nosotros. Dijo: "Si es que lo que está ocurriendo aquí es culpa mía, el que tenga valor que me lo diga". Callamos la boca y marchamos para abajo. Pero yo a la segunda serie apagué la lámpara y fui a verle. Los otros bajaron para abajo. Me vieron los vigilantes porque ellos salían, los que entraban a las 6 de la mañana salían a las 2 de la tarde. Los que salían a las 2 de la tarde vinieron a buscarlo y querían llevárselo. Él dijo que no salía. Yo encendí la lámpara y salí arriba. Fui a verlo donde estaban ellos y dije que tenían razón, que él ahí no hacía nada y no iba a solucionar nada. Que se fuera con ellos. No hizo resistencia ninguna y me dijo que bastaba que lo dijera yo, que se iba con ellos. Después tuvimos que estar sesenta y tantas horas. La gente ya estaba agotada. Era penoso. Era duro. No me daba sed, ni hambre ni sueño porque yo estaba pensando en lo que podía pasar. Estuvo un teniente coronel del ejército. Nos militarizaron.

Había una cuadra a la que llevaban a las mulas. Metían cebada y la paja y ahí comían. Había una cuadra en la mina. El primer día, hacia las 12 de la noche dije que nos fuéramos a la cuadra. Había que meterse en los puntos donde más calor hacía. Había que dormir porque si no, la cabeza no pensaba más que en comer. Cuando vi a aquellos hombres quitar el casco de la cebada y comer el grano pregunté si ya era para tanto. Me contestaron que sí y que si era necesario, mataban a la mula. Yo dije que eso ya no podía continuar. Que no tocaran a la mula, ni la agredieran ni le hicieran nada. Les dije que no sabían el peligro en el que estábamos metidos y que eso era lo que estaba buscando ellos. Estaban buscando un sabotaje. Estuvimos sesenta y tantas horas.

Al terminar la protesta, hubo represión. A los que estaban comprendidos en quinta los mandaron a la mili porque estábamos militarizados. Marino, al que

habían detenido, no fue despedido. En aquella huelga no hubo despidos, cuando hubo muchos despedidos fue en el 62.

También estuve en el comienzo de la huelga de 1958. Cuando volví al Pozo María Luisa tenía contactos con los comunistas. Cuando cobramos, se pusieron en una acera a pedir. Yo callé la boca y no dije nada. Había uno que estaba con nosotros en el Partido Socialista y después pasó con los comunistas en la clandestinidad, se llamaba Herminio Serrano. Cuando les vi ponerse allí, no dije nada a nadie pero pensé que había algo secreto. Herminio, en cuanto tomaba medio litro de vino, ya cantaba, ya podías sacarle algo. Siempre parábamos en un chigre, veníamos unos siete u ocho. Estábamos unos cuantos socialistas que estábamos bastante fichados por la Guardia Civil. Mientras que llegaron los otros, yo fui templando todo el parque y le dije: "Tengo sed, vamos ahí a tomar algo mientras vienen los otros. Cuando vengan que vayan para allá". Fuimos y tomamos algo. Le dije: "Yo sé quién eres tú y tú sabes quién soy yo. Eso que estáis haciendo, alguna orden tenéis. A mí no se me engaña". El me dijo: "Mira, Pachín, a ti voy a decírtelo. Vinieron dos del comité central del Partido Comunista de Madrid, a enterarse de quién hizo la huelga". Les dijeron que todos que la hicimos todos, el PCE, los socialistas. Les dijeron en Madrid que para la próxima tenían que ser ellos los protagonistas. De 50 que éramos en el pozo, nos quedamos una semana en casa. Pero Herminio, el que me dijo lo que pasaba, cayó preso con propaganda ilegal del Partido Comunista. También cayó preso uno que estaba de guardia - en la Casa de Aseo, llamamos de guardia al que está cuidando la ropa en la chabola donde la tenemos. Era andaluz, era un paisano andaluz y cayeron los dos. Fue el juicio y estuvieron una temporada presos. Ellos trabajaban de una forma muy diferente a nosotros.

Los comunistas tenían otra característica: si tenían que complicar a otros, los complicaban por culpa de que ellos decían que la cárcel era la universidad donde se formaban los comunistas. En cambio, nosotros, si caímos alguno, intentábamos cortarlo ahí. Como le pasó a Pepe Llagos. Pepe Llagos

cayó muchas veces y nunca se llevó a nadie por delante. Algunas veces era imposible evitarlo. En el 62 cayeron muchos.

En el 62 pasó lo siguiente: marchó Ramonín, que es de la edad de José Luis, y otro que llamaban El Chato, que ya murió. Ramonín fue solo a Lieres. Se metió en terreno de la empresa con la propaganda del 1 de mayo. La víspera del Primero de mayo se tiraba siempre hacia las 12 de la noche, para que apareciera el 1 de mayo la propaganda. Tuvo tan mala fortuna que le cogió un guardia jurado que había sido guardia civil. Si te cogían los guardas que conocía yo de la empresa, te echaban fuera y te decían que no entraras allí. Pero Ramonín cayó con tal mala suerte que el guardia que estaba en la empresa lo vio con la moto allí. Tuvo que decir quién le dio la propaganda. Al padre del Chato fue al que mataron en los montes de Lieres. Mi primo estaba de vigilante en Mosquitera, Luis Fernández Rocés. Ése llevaba la documentación. Ya habían estado presos Avelino Pérez, Herminio Álvarez y Vicente. Luis no estaba en casa, no lo cogían. El 1 de mayo hacia las 7 de la mañana, llaman a la puerta. Me asomé a la ventana, estaba durmiendo arriba porque yo bajé en el 65. Era Luis, mi primo. José Luis es mi sobrino. En cuanto lo vi supe que había pasado algo. Me dijo: "Pachín, baja". Bajé a la puerta y le pregunté qué había pasado. Me dijo que habían caído Ramonín, José Luis y el Chato. Le dije que se marchara y a las tres de la tarde subiera arriba a un pico que llamamos Pico Zarrasquín. Queda alto y domina todos los alrededores. Entonces no había carretera. Le dije que a las tres de la tarde estuviera en Pico Zarrasquín, que íbamos a subir Herminio Álvarez y Vicente, para tomar una decisión con él.

Llegamos a las tres de la tarde y Luis no estaba allí. A mí no me gustó. Yo dije que Luis había ido a presentarse. Los demás me reprochaban que siempre pensara lo peor. Pero yo insistí en que había ido a presentarse a Tuilla. A los veinte minutos fui a su casa y me dijeron que había ido a las 12 a presentarse a Tuilla. Él empezó a reaccionar. Pensó que los otros eran chavalines jóvenes y el responsable era él. No le llegó la conciencia de marcharse y dejarles allí. Después coincidió que Ramos y compañía tenían

archivada la propaganda de Avelino Pérez que había caído en el año 60. Avelino Pérez hacía la multicopista. Compararon la propaganda con la del 60 que le habían cogido a Avelino Pérez y como vieron que era igual, fueron a detenerle. Entonces fue cuando se escapó y estuvo en el pueblo donde vivía y unos meses. Después lo pasamos a Francia.

Yo ya era tesorero antes de que los detuvieran. Las relaciones con Toulouse eran buenas. Yo estuve en el año 70 y en el 72 en los Congresos en Toulouse. Casualmente, en el año 70 hubo bastante discusión porque aquí en el 58 hubo una redada muy grande. Cayó Antonio Amat, de San Sebastián, en el aeropuerto de Barajas. Venía de Francia. Yo no sé si tenía algún papel con nombres, pero el caso es que cayeron unos cincuenta y tantos en toda España. Aquí cayó Rufino Cabaña, Pepe Llagos, Julio de Sama y unos cuantos. A Rufino no le cogieron porque pidió permiso para ir al servicio, pero se escapó por la ventana. Estuvo una temporada por ahí, pero como él tenía dos hermanos en México, eran periodistas. La noche anterior de marcharse estuve yo con él. Lo pasaron a Bilbao. Allí hacía los trámites Ramón Rubial. Lo pasaron a Francia y de ahí a México. La ejecutiva la pasaron entonces fuera, al quedar descabezada la organización.

CAPITULO IV: La transición y la democracia (CINTA-2, MIN 25')

En el año 70 conseguimos traer la mitad de la ejecutiva al interior. En el 71-72 Llopis no quería celebrar el congreso. Tuvimos que salir afuera. Estuvimos en Bayona, creo. Solíamos ir a Bayona, a San Juan de Luz, a Toulouse, depende para lo que fuera, o a Bilbao o a Madrid. Aquella vez teníamos que salir porque la ejecutiva estaba fuera. Estaba Julio que era tesorero y Juanín, al que le faltaba un brazo, de Laviana. Estaban en la ejecutiva del exterior. Nosotros teníamos que tener mayoría para convocar el congreso. Al no tener primer secretario teníamos que tener mayoría y no la teníamos porque éramos la mitad de aquí y la mitad de allí. Tuvimos que salir y estar con Juanín y Julio para intentar que nos apoyaran. Nos apoyaron. Hicimos el congreso en el 72, pero el primero fue el 70. Llopis quedó como secretario. El congreso del 72 no

quería celebrarlo porque el veía peligro de que lo apartaran de la secretaría y así fue. Ya conocíamos a Felipe González y apostábamos por él.

Felipe y Alfonso empezaron a venir a Tarna en torno al 68. La mujer de Felipe estaba en estado del primer hijo que tienen cuando vino a Peñamayor, donde tiraron a los del Pozo Funeres. Allí tenemos nosotros una cabaña a la que le llamamos José Mata. Estuvo la mujer de Felipe, Alfonso, y Felipe dando cursillos a los chavales en aquella cabaña.

En el congreso del 72 no se nombró primer secretario. Se nombraron secretarías y después, cuando se nombró primer secretario fue en Suresnes en 1974. Yo en Suresnes no pude estar porque estaba trabajando. Me habían echado a trabajar en julio y no pude estar en el congreso en Agosto. Se nombró a Felipe primer secretario. A mí me pareció bien la renuncia al marxismo. Felipe era para mí y creo que para la mayoría de los compañeros, muy sensato y muy inteligente. Yo comparo mucho a Felipe con Chaves porque Chaves, el que está en Andalucía como presidente, era el más joven que llevábamos en la ejecutiva. Era un chaval. Tendrá ahora 50 años aproximadamente y estamos hablando en el 70-72.

Yo he colaborado con el PSOE pero nunca quise tener responsabilidad. Yo siempre me impliqué hasta donde yo podía alcanzar. Cuando me han dicho si quería ir de diputado o de otra cosa, siempre he dicho que no. Si toca coger una escoba y fregar la casa del pueblo, la friego, o pegar un pasquín o tirar propaganda, lo hago. Lo que está a mi alcance. Lo que no está a mi alcance no lo hago.

Cuando murió Franco para mí fue la mayor alegría del mundo. Estaba muerto ya pero lo tenían enganchado a los cables. No valía para nada ya y lo sabíamos.

No fui al XXX Congreso de la UGT en Madrid. Yo fui a congresos en Oviedo, en Madrid me parece que no estuve. Las relaciones con CC.OO. eran malas, muy malas. Yo creo que cuando Felipe fue elegido como primer secretario empezó a crecer el partido y la UGT. Yo me sorprendí bastante con Nicolás Redondo. Le veía por televisión y cuando estaba Felipe en el gobierno

había cosas de Nicolás que no me gustaban. Tengo también bastante confianza con Nicolás. Yo he estado en su casa y hace poco estuvo él aquí en Laviana, estuvo con el guaje mío y me mandó recuerdos. Sé que me apreciaba bastante pero a mí no me gustó mucho cuando hacía aquellas declaraciones por televisión contra el gobierno socialista. Yo no sé si estaría algo resentido. Es posible que quisiera ser ministro o que quisiera ocupar algún cargo. Yo no sé de quién fue la culpa del distanciamiento, pero me extrañó.

Yo cuando entró el PSOE a gobernar ya estaba jubilado. Estaba en el Comité del Partido. Me jubilé en 1979.

La tarde del golpe de Tejero, estaba con el transistor cuando iban a votar a Calvo Sotelo, porque lo había dejado Suárez. Había hablado Felipe. Después iba la votación. Cuando estaba votando el número 13 ó 14, entró Tejero. Yo estaba bastante intranquilo. Sobre las dos de la noche vinieron dos compañeros diciendo que querían irse. Yo les dije que no, que se fueran a casa, porque yo creía que no iba a pasar nada. El rey había quedado en hablar a las 10 pero cuando habló era la una y pico de la noche. Estuve toda la noche con la radio pero salió bien. Era peligroso y cuando sacó los tanques Del Bosch en Valencia se convirtió en muy peligroso. La suerte fue que intervino el rey y se apaciguaron los demás. No tuve ninguna intención de destruir documentación.

Cuando ganó el PSOE tuve la mayor alegría de mi vida. Yo seguía cotizando a la UGT, al SOMA, a Pensionistas. Yo estaba en la ejecutiva de pensionistas y ahí fue cuando vino el jaleo. Yo hice una proposición en Oviedo. Hice una propuesta en la asamblea que tuvo bastante resonancia, que había que salir a la prensa contra las huelgas que tenían convocada en el 88, contra la primera huelga general que se convocó contra el gobierno de Felipe González que fue la más dura. La ejecutiva que entró aquí de los pensionistas la descabezaron. Fue una orden de Redondo porque nosotros nos oponíamos a la huelga general. Habíamos salido en la prensa diciendo que estábamos con el gobierno y que no estábamos de acuerdo con la huelga general. Entonces fue cuando descabezaron aquello. A mí querían meterme en la ejecutiva otra

vez y dije que no, que entraran otros. Yo estaba aquí en el comité de pensionistas pero no en la ejecutiva nacional. Me llamaron dos veces para que fuera, pero yo no quise.

Estas cosas son bastantes difíciles, pero creo que en aquellos tiempos aquellas movilizaciones de UGT perjudicaron al partido. Ahora es diferente porque las cosas van de otras formas. Lo que firmamos CC.OO y UGT favoreció a la clase obrera. La división no es buena. Eso no podía ser. Ocurría antes de la guerra, porque antes de la guerra CC.OO no se llamaba así, sino sindicato único y era del Partido Comunista, hablando claramente. Había jaleo ya también con ellos, antes de la guerra. Convocaban siempre en contra del Sindicato Minero. El Sindicato Minero era muy fuerte y ellos tenían muy poca fuerza. Yo creo que para los trabajadores fue un beneficio y creo que es bueno trabajar conjuntamente contra la patronal.

A Zapatero lo conocía, pero no personalmente. Siempre me cayó bien. Yo creo que es una política que está funcionando bien, pero hay una derecha cerril. Hay derecha en Francia, en Suiza, en Bélgica y en todos los países, pero aquí la derecha ya sabemos quiénes son: falangistas, franquistas, requetés, todos están metidos ahí, en el mismo saco. Hacen una oposición en la que sólo saben ir contra el gobierno. No tienen un programa diferente. La política que están haciendo aquí es bastante peligrosa. La gente que no está un poco metida en política no se da cuenta de las maniobras de la derecha. Yo conozco pueblos de donde podrán salir los votos de ahora, por ejemplo, en este pueblo. Otro ejemplo es la Hueria Carrocera que siempre fue de izquierdas. Le llamaban la Pequeña Rusia, aunque eran todos socialistas. Pero esos votos de dónde son. Aquí (en el Entrego) pasa igual y en todas partes. Hay bastante gente obrera que votan a la derecha, gente incluso cuyos padres y familia han sido represaliados por la derecha. A mí me da igual que me digan que la derecha ya no es la misma de antes, ya sabemos todos qué derecha es. ¿Cuándo corrió la policía detrás de ellos, que tanto se llenan la boca ahora con la democracia? El problema está ahí, son gente como Cascos, como Acebes, como todos ellos. Como el tal Zaplana. ¿Qué fue Zaplana? Zaplana fue alcalde

de Benidorm porque dos miembros del Partido Socialista se pasaron a ellos. Estaban gobernando el Ayuntamiento de Benidorm con los socialistas. ¿Qué pasó en Madrid? ¿Quién compró a esos dos? No sé que le puede dar la derecha a la clase obrera.

UGT ha hecho una labor muy buena referente a las pensiones y sobre todo en la minería. En la minería había gente muy joven que se retiraba por la silicosis, también había gente más vieja. Les quedaba una pensión pero tenían que ir a trabajar a otro lado. Yo estuve en la comisión de pensionistas y fue por culpa de eso. Estuve dos noches y dos días. Íbamos 40 autocares a Oviedo, donde está el Sindicato Minero ahora, en el año 73 porque los 24 que estaban de Comisión tenían nombre y apellidos y estaban fichados en el cuartel.

Había empezado a vender para ellos, en el 66, para Álvarez y su compañero. Iba a haber referéndum. Faltaban ocho días. Yo venía de noche de Tuilla, porque yo tenía muchos conocidos por allí. Llegué a unos (...) que había como si fueran de plástico. Estaba de espaldas a la puerta. La puerta era pequeña. Ahora compraron un bajo. Otro día me dijo un chaval que un policía estuvo una hora por lo menos observando en un chigre que había enfrente. Él no nos veía las manos. Yo estaba con Arcadio, era hermano de Marcelo, y estuvo de concejal en San Martín del Rey Aurelio. También estaba Álvarez. Yo y Arcadio estábamos en la parte de detrás del mostrador y Herminio dentro del mostrador. Estábamos hablando de lo de siempre, de política. A lo nuestro, al trabajo que teníamos que hacer y se presentó el sargento. Se llamaba Vallejo y creo que ya murió, después lo echaron para Laviana. Nos preguntó qué hacíamos ahí. Me preguntó dónde trabajaba. Le dije que en ninguna parte, que estaba retirado. Me preguntó si tenía carné de identidad. Le dije que sí. Me lo pidió y se lo guardó. Me dijo que pasara al día siguiente a recogerlo. Le preguntó a Arcadio que donde trabajaba, él le dijo que en Carrocera en el lavadero de carbón. Le cogió la documentación. Herminio como había estado preso ya, le dijo que si quería también la suya. Pero el sargento le contestó que no, que a él le conocían ya.

Fui al otro día al cuartel. Había un guardia en la puerta y me preguntó qué quería. Le dije que quería ver al sargento. Pasó y me mandó entrar. Empezó a decir que estábamos hablando de política. Le dije: "Mira una cosa, si usted cree que estábamos hablando de política y es subversivo hablar de política, llévenos a los tribunales". El dijo que no, porque no me había cogido con papeles subversivo. Yo volví a repetirle que si quería estaban los tribunales ahí, pero mientras tanto que no me juzguen. "Vengo a por mi carné porque es mío". Me preguntó que por qué trabajaba yo para Álvarez y para Riesgo y le dije que vendía y seguirá vendiendo mientras no me pusieran una pensión decente para vivir yo y mi familia. Me decía que eso no podía ser porque era ilegal y podía tener problemas. Yo insistí en que o me daba el carné o me marchaba, porque ya había dado el número y el carné era mío. Le dijo al guardia que me diera el carné, que yo ya sabía lo que tenía que hacer. Estaba con el carné y él estaba cogiendo datos. Pero después de que terminó de coger todos los datos con bolígrafo de tinta negra o azul, cambió de bolígrafo y me puso un punto colorado. Todos los que tenían el punto colorado estaban fichados. Eso fue en el 66.

En el 70 voy a por el pasaporte para salir a Toulouse a los congresos. Yo ya tenía preparada una salida porque sabía que podía haber problemas. El que se ocupaba del tema, me dijo que cuando fuera, lo avisara. Un día me dijo que fuera a por él. Yo le contesté que no se preocupara que por el mío iba yo a Oviedo, pero no le conté nada de lo que había pasado, porque yo sabía que tenía que pasar por allí. Fui a Oviedo y me dijo un chavalín, que sí, que estaba el mío y el de otros, que me sentara. Nada más que llegó me preguntó el nombre y me dijo que tenía que pasar por la comisaría. Si estabas fichado no se podía sacar licencia ni para una escopeta. En cuarenta años en la dictadura, como pasan tantas cosas... Pero yo tenía una coartada porque yo tenía un hermano en Bélgica que se había marchado en el 58. El sargento empezó a sacar asunto político porque él sabía bien que había un congreso. Le dije que yo no iba allí a hablar de política, sino a coger el pasaporte para ir a ver a mi hermano a Bélgica, que se había marchado en el 58 y que me habían contado

que no estaba muy bien y por eso quería ir a visitarlo. Me decía: "Sí, hombre, y además hay cosas muy buenas y muy baratas". Y yo le dije que a lo mejor compraría algo. Me dijo que se puede meter en el coche entre dos chapas que llevas. Fíjate tú, eso en plena clandestinidad. Eso que me contó del coche me había pasado a mí con un chaval que estaba en Lieja, donde estaba mi hermano, y vino de vacaciones en verano, en el año 63 más o menos. Yo vivía arriba, en la cuneta en la carretera sacamos el papel entre esas dos chapas en la puerta del coche. El policía quería sacarme el tema de política, pero yo le volví a repetir que no me hablara de política porque yo iba allí a lo que iba y punto. Me dijo que me iba a dar el pasaporte. Yo le había dicho que él sería policía pero que yo pondría el asunto en manos de un abogado, a ver qué delito había cometido yo para no tener pasaporte. Como no tenía ninguno, ni había estado preso ni nada... Le dije que yo quería saber qué delito tenía yo para no darme el pasaporte. Sonrió y me lo dio. Yo tenía razón. Pero en el año 72 fui a Bélgica a ver a mi hermano. Terminamos el congreso y casualmente fui por un vasco, que estaba también en Bruselas. El padre de Agustín –el que cuando murió vinieron Felipe y Guerra al entierro- también estaba y fuimos todos para allá.

El futuro de los sindicatos en la minería está fastidiado. La minería está mal porque hay muy poca gente trabajando ya. Por lo menos Hunosa está mal. Ahora está sostenida, mientras están apuntados los que se van retirando. Pero vamos siendo viejos y vamos muriendo y no entra gente nueva, no prospera. Es igual que en la política, en la política hay unos chavales que son universitarios pero hay que preocuparse más. Esto es igual que una pumarada de manzanas, si no se renueva, eso muere. Lo que me duele mucho es cuando la gente dice que la política es una porquería, que el sindicato es una mierda, y yo pienso de qué modo pensará esa gente y en qué manos caeremos. Mi vida ya está hecha, por mí ya está pasado. Pero ver que la juventud no se preocupe de nada... A los dictadores ya sabemos lo que les pasa siempre. Argentina era un país de los más ricos de Sudamérica y cómo está ahora. Hay que ver a los políticos también. Tienen que ser constante y hasta ahora lo más estable que

ha habido en España y el bienestar que tiene el trabajador ahora, por lo menos donde estuve yo trabajando, es a consecuencia de la democracia y del trabajo de los sindicatos.